Indice.

4 – Calendario de Sevilla p.ª 1868. = Sevilla - 1867.
5. – Semblanzas militares por D. Enrique Ceballos. = Madrid - 1873.
6 – Plan de las escuelas industriales, decretado por S. M. en 1855 = Madrid - 1856.
7. – Tratado de palomería. (Sin portada)

SUSPIROS Y LÁGRIMAS.

SUSPIROS Y LÁGRIMAS 1.

POESÍAS DE

D. JOSÉ SANCHEZ ARJONA

Y SANCHEZ ARJONA.

Al Liceo Sevillano
El autor

BADAJOZ.
IMP. DE JOSÉ SANTAMARÍA Y NAVARRO.
Plazuela de la Soledad.
1873.

Es propiedad del autor habiéndose hecho el depósito de ley.

LAS LAGRIMAS.

Que bien suenan las cuerdas
De la guitarra,
Cuando se las suaviza
Con unas lágrimas;
Con unas lágrimas
Templaditas al fuego
Que arde en el alma.

A. Trueba.

. . . .

A TÍ.

Tú, que sabes la historia de estas páginas,
Que en medio del pesar fueron escritas
Pensando en tí, en las calladas horas
Que al reposo y al sueño nos convidan;
Tú, que has visto mil veces deslizarse
El llanto abrasador por mis mejillas
Y con amante afan has endulzado
Las largas horas de mi triste vida.
Tú, que léjos ¡muy léjos! de ese mundo
Miserable, ambicioso y egoista,
Guardas un corazon, abierto apénas
Al blando soplo de amorosas brisas;

Tú sólo comprender las quejas puedes
Que triste lanza el que por tí delira.

. . . .

¡Ay! si el destino, sin piedad, acaso
Separa nuestras almas algun dia,
Si distante de mí sufres y lloras
O alegre y venturosa al fin te miro
Al leer estas páginas, que fueron
Pensando en tí y en nuestro amor escritas,
Un recuerdo conserva para el pobre,
Que á solas llora su ilusion perdida
Mientras pide á los cielos te concedan
Eterna paz y venturosa dicha.

*
* *

En un triste cementerio
Brotó una modesta flor,
Que con lágrimas regada
Dichosa y felíz creció.
Al hallarla en aquél sitio
Una jóven, compasion
De ella tuvo y trasplantarla
A su jardin ordenó.
Allí, entre los dulces trinos
Del parlero ruiseñor,

Mecida por suaves brisas,
Fecundada por el sol,
Cercada de dichas mil
Y sin penas ni afliccion,
Fué poco á poco perdiendo
Su perfume y su color,
Y marchita una mañana
La pobre rosa espiró.

. . . .

Almas hay tambien nacidas
En el pesar y el dolor,
Que alegres viven y gozan
En medio de su afliccion,
Y al hallarse entre placeres,
Que ni aun su mente soñó,
Mueren tristes y marchitas
Como la inocente flor.

*

* *

Si comprendiendo cuanto yo te adoro
Tú me quisieras como yo te quiero,
No trocara mi suerte y mi fortuna
Por el ser más feliz del universo.
Y si en tus lábios, puros cuál las flores,
Que acaricia amoroso el ráudo viento,
Pudiese yo posar los lábios mios
Para embriagarme con tu propio aliento:
Abrasado en la lumbre de tus ojos,
Y preso entre la red de tus cabellos,
Viendo aumentar la hoguera que consume

A mi fiel corazon, de amor sediento;
Mi existencia en tus brazos dejaría,
Y al abrasarnos en el mismo fuego,
Confundidas en una nuestras almas
Huirian por siempre del mezquino suelo.

*

* *

Sobre la playa enfurecido arroja
Tesoros de riqueza el Occeano,
Mientras en lecho de nevada espuma
Las malezas conduce de los campos,
Al través de esas ondas cristalinas,
Que cánticos de amor van murmurando.

. . . .

¡Cuántas veces el mundo de su seno
Arroja pobres seres desgraciados,

Inocentes y puros, cual los ángeles
Que al lado del Señor viven cantando,
Y aplaude y enaltece á miserables
Por la maldad y la ambicion guiados!

LA ÚLTIMA ESPERANZA.

Hoy que la suerte, sin piedad, bien mio,
Rompiendo dulces y amorosos lazos,
Me aparta de tu vista, y me condena
A eterno padecer y á eterno llanto;
Yo, que ¡infelíz de mí! te idolatraba,
Yo, que en tí mi ventura habia cifrado,
Al ver desparecer mis ilusiones,
Y al ver mi corazon roto en pedazos,
La muerte imploro sin cesar al cielo,

La dulce muerte que anhelante aguardo,
Para que al ménos mi ~~inculpable~~ impalpable espíritu
Feliz pueda vivir junto á tu lado.

IMPOSIBLES.

¡Cómo el ciego podrá ni un sólo instante
Imaginar la claridad del dia,
Si jamás de ese sol un rayo ardiente
Al través penetró de sus pupilas!

¡Y cómo comprender mi amor la ingrata
Niña, que alegre padecer me mira,
Si allá en el fondo de su pecho nunca
Del amor penetró la llama viva!

*
* *

I.

Dos alegres golondrinas
Hicieron en tu ventana
Un tosco nido, en que hallaron
Tranquila y feliz morada.
Cuando tú, al morir la tarde,
Tras de la reja me hablabas
Las alegres golondrinas
Sus amores se contaban,

En ese santo lenguaje
Que sólo comprende el alma;
Y mientras amor eterno
Me juraban tus palabras,
En su nido, dulcemente
Las golondrinas cantaban.
Y al separarme de tí
Murmurando: *hasta mañana*,
El eco tierno de un beso
En el nido resonaba.

II.

Hoy, al cruzar por tu calle
Te hallé hablando en la ventana
Con un hombre á quien, perjura,
Amor eterno jurabas.
Alcé los ojos, y ví
El nido, dónde aun estaban
Las alegres golondrinas

De azules y negras alas.
¡Eran las mismas, las mismas,
Que aun todavía se amaban!
Al verlas, recuerdos tristes
Hicieron brotar mis lágrimas;
Y escuché el eco de un beso
Que en el nido resonaba.

EL DESTINO.

¡Pobre del hombre á quien su dicha matan,
Y vé desparecer sus ilusiones,
Cual el polvo, que airados arrebatan
Los fieros aquilones!

¡Qué le resta al mortal que en este suelo
Oscurecer miró su estrella hermosa!
La corona del mártir en el cielo,
En el mundo una fosa.

MARIA.

I.

La encantadora María
En una hermosa mañana,
De esas mañanas de Mayo,
Que tanto alegran el alma;
Sobre el hierro del balcon
Con dejadez recostada,
De un hombre, con alegria,
Al oir dulces palabras

Murmuraba entre suspiros:
¡Ay, cielos, cuanto me ama!

. . . .

Sobre una flor que al balcon
La hermosa niña plantara,
Y que orgullosa á los soplos
Se mecía de las áuras,
Volaba una mariposa
De ténues y blancas alas,
Que amor á la flor fingía
Miéntras su esencia livaba.

II.

Era una noche; en el cielo
Triste la luna brillaba,
Sobre la tierra esparciendo
Su cabellera de plata.
La encantadora María
A su balcon asomada,

Pálida, como un cadáver,
Derramaba ardientes lágrimas,
Que surcando sus mejillas
Hallaban dulce morada
En el caliz de una flor
En otro tiempo lozana,
Y que hoy triste ya y marchita
Su corola doblegaba....

¿Qué hace en el balcon María?
La pobre niña aun aguarda
Ver tornar al que robado
Le había su dulce calma.

III.

Al atravesar un féretro
Por delante de la casa
Donde un hombre y una jóven
De amores y dichas hablan;

—¿Quién es la muerta? Pregunta
El hombre de la ventana;
—Una niña, contestaron,
Que por un vil engañada
Ha muerto sola, llorando
Sus penas y sus desgracias.

. . . .

En tanto fugaz el viento
Llevaba sobre sus alas
Hojas secas de una flor,
Y allá en la verde enramada
Una blanca mariposa
Sobre otra flor reposaba.

*
* *

Ayer, al confesar que me quería
Mis ojos en los suyos se fijaban;
Y al hallarlos tranquilos y serenos
Murmuré con dolor: finge, no ama.

Hoy dice que me odia, y de sus ojos
Brotar contemplo silenciosas lágrimas,
Que contener en vano ha pretendido
Y esclamó con placer: miente, me ama.

¡EN TODAS PARTES!

—Niña pura y candorosa,
Que cual tímida violeta,
Oculta en estas montañas
Vives feliz y contenta,
Dichosa tú, que aun ignoras
La maldad que el mundo encierra,
Dichosa sí.... Mas que miro!
¡Lloras! ¿Acaso se alberga
El dolor entre estas flores
Que amante el céfiro besa?
¿Aquí tambien se padece?

¿Tambien aquí se hallan penas?
Y sollozando la niña
Dijo por toda repuesta:
—¡Ay! la flor de la inconstancia
Abunda en estas laderas.

DESENGAÑO.

Cuando brillaba en sus rosados lábios
Una sonrisa, emblema del placer,
Esclamaba, estasiado al contemplarla,
¡Cuán buena es!

Cuando lloraba, con dolor profundo
Triste al mirar sus lágrimas correr,
Murmuraba afligido entre sollozos
¡Un ángel es!

Mas luego comprendí que su sonrisa
Era fingida y su dolor tambien;
Y hoy al verla murmuro indiferente
¡Al fin muger!

A ELVIRA.

Bella y hermosa niña,
Prenda adorada,
Por quien mi amante pecho
De amor se abrasa,
Oye piadosa
Mi cantar lastimero,
Mi triste trova.

Tu linda cabellera
De ebras de oro,
Tus miradas serenas,

Tu rostro hermoso;
Son, bella Elvira,
Mi placer, mis amores,
Mis alegrías.

Tú mitigas benigna
Mis infortunios,
Sin tí, niña, no encuentro
Placer alguno,
Y á tus miradas
Libre de sus dolores
Queda mi alma.

Si el cielo medir quiere
Nuestro cariño
A prueba sometiendo
Tu amor y el mio;
Valor, hermosa,
Que mi pecho en quererte
Será de roca.

Por piedad no me olvides,
Niña hechicera,
Si no quieres que triste
De pesar muera;
Pues solo, Elvira,
Tus miradas amantes
Me dan la vida.

*
* *

Al mirar tu belleza peregrina
Cuanto disfruto en mi amoroso anhelo,
Más si escucho decir que eres hermosa
No puedes comprender cuanto padezco.

Yo quisiera que todos admiraran
Tu hermosura, tu gracia, tu talento,
Pero ante tí que enmudeciesen todos
Y sellase sus lábios el respeto.

CANTARES.

I.

En tu corazon sembré
Cariño y cojí desdenes;
Este es el premio que alcanza
Quien siembra en terreno esteril.

II.

Cuando una persona muere
La campana toca á muerto:

Cuando muere un corazon
Nadie se apercibe de ello.

III.

Porque sabes que te quiero
Te ries de mi cariño,
Y me tomas y me dejas
Como juguete de niño.

IV.

Te entregué mi corazon
Para que me lo cuidaras,
Y el pobre se me ha quejado
De lo mal que tú le tratas.

V.

Diera yo cuanto poseo
Por hallar un corazon

Que pudiese comprender
La inmensidad de mi amor.

VI.

En tu ventana, niña,
Sembré ilusiones,
Y recojí millares
De desazones:
¡Quién lo creyera,
Siendo tú, niña hermosa,
La jardinera!

ENIGMAS.

Ayer, cuando sus ojos se entreabrian
Retratando el azul del firmamento,
Cuando sus rojos lábios repetian
Un amoroso y dulce juramento;

Cuando las áuras, murmurando amores,
Rizaban su dorada cabellera,
Y con hermosas y pintadas flores
Nos brindaba la grata primavera;

Cuando su acento enamorado oia,
Orgulloso y ufano de mi suerte;
¡Insensato de mí! no comprendía
Como se puede ambicionar la muerte.

Hoy, al mirarme por su amor sufriendo
Y al restañar mi ensangrentada herida,
Por más que lo medito, no comprendo
Como se puede ambicionar la vida.

*
* *

Del mar la inmensidad ama el marino
Y sus azules olas trasparentes,
Mas al fin sepultado en sus espumas
El pobre muere.

Yo á una muger amé con toda el alma
Y ella en pago me dió traidora muerte.
¡Triste premio, en verdad, halla en el mundo
El que bien quiere!

*
* *

Mientras yo sufro y padezco
Tú feliz y venturosa
En vez de enjugar mi llanto
Con mis infortunios gozas.
Quiera el cielo, quiera el cielo,
Que nunca, muger hermosa,
Se burlen de tus dolores
Cual tu te burlas ahora;
Quiera el cielo que tu llanto
Siempre enjugue cariñosa,

Con tierna solicitud,
Una mano bienhechora.
¡Desgraciado el que sus penas
Tiene que llorar á solas!

*
* *

Próxima ya á perecer
Marchita una pobre flor,
A una gota de rocío
Abrigo en su caliz dió,
Logrando así nueva vida,
Frescura, gala y verdor.

Un amargo desengaño
Tu corazon marchitó,

Que hoy próximo está á morir
Víctima de la afliccion:
Dichosa tú si consigues,
Que cual á la pobre flor,
El rocío de las lágrimas
Dé vida á tu corazon.

TARDE Ó TEMPRANO.

Á MI QUERIDO AMIGO, DON MANUEL CANO.

Era una noche plácida y serena,
La luna en el oriente se elevaba
Y el Betis caudaloso murmuraba
Sobre su lecho de menuda arena.

Tras una encantadora celosía
Contemplé á una muger pura y hermosa,
Sencilla y virginal como la rosa
Que abre su caliz al nacer el dia.

De bellos ojos de color de cielo,
De dorada y sedosa cabellera,
Tímida cual la brisa, que ligera
Cruza los valles en incierto vuelo.

De ella alejarme quise, mas fué en vano,
El iman de sus ojos me atraia,
La dije lo que el alma la queria,
Mas ¡ay! no comprendí que era *temprano*.

Luego el tiempo pasé, siempre sufriendo,
Y al volverle á decir que le adoraba
Y que mi pecho con pasion le amaba
Que era *tarde* me dijo sonriendo.

SU MIRADA.

Al hallarla una tarde en mi camino
Sus ojos cariñosa en mi fijó,
Y ante aquella mirada abrasadora
Trémulo palpitó mi corazon.

¡ De qué sirven al hombre las palabras
En el santo lenguaje del amor!
Todas juntas jamás espresarian
Lo que aquella mirada reveló.

LA DESPEDIDA.

Junto á una tranquila fuente,
Cuyos líquidos cristales
Murmurado entre las flores
Se iban perdiendo en el valle,
Y bajo las verdes ramas
De un alto y frondoso sauce,
Asilo dónde sus penas
Y amores cantan las aves:
Ella y él, de amor temblando,
Se encontraron una tarde.
Lo que allí hablaron tan solo

Ella y él y Dios lo saben,
Mas cuando en ocaso el sol
Moribundo iba á ocultarse
Copioso y ardiente llanto
Surcaba el triste semblante
De aquella hermosa zagala
Mas pura y bella que un angel;
En tanto sus blancas manos
Besaba el pastor amante,
Cuyas lágrimas secaban
Los céfiros de la tarde.
Y de su afliccion la causa
Mútuamente al preguntarse,
Llenos de angustia escucharon
Esta cancion en el valle:
«¡Ay! desgraciados aquellos
Corazoncitos amantes,
Que se separan, acaso
Para nunca más juntarse.»

*

* *

Triste una niña lloraba
La pérdida de su amor,
Y entre su acerbo dolor
Consuelo al mundo imploraba.

Mas este al verla sufrir
La escuchaba con desprecio,
Que el mundo, como buen necio,
Tan sólo sabe reir.

La niña al cielo elevó
Su mirada suplicante,
Y su pálido semblante
Amargo llanto surcó.

Y el llanto aquél que vertía,
En su dolor sin segundo,
Tan ardiente era que al mundo
Su contacto abrasaría.

El viento en rápido giro,
Con tierno y amante anhelo,
Su alma pura llevó al cielo
Envuelta en débil suspiro.

La pobre niña murió
Despreciada en su agonía,
Y aún el mundo se reía
Cuando su féretro vió.

A...

¡Ojala siempre venturosa seas!
No te puedo alcanzar, desden te inspiro;
Jamás te mires como yo me miro:
¡Antes la muerte que cual yo te veas!

*
* *

Un copo de blanca nieve
Entre sus manos guardaba
Una niña, mas hermosa
Que la pura luz del alba:
Del sol á los tibios rayos,
Sus manecitas rosadas
Aquel tesoro, anhelantes
Con tierno afan ocultaban;
Mas ¡ay! al llegar la niña
A su tranquila morada

Halló en sus manos tan sólo
Líquidas gotas de agua;
Que al dulce y grato calor
De sus manos nacaradas
Derritiéndose la nieve
Mató su hermosa esperanza.

Yo el corazon en mi pecho
Tambien amante ocultaba
À los rayos del amor,
Mas fué vana mi esperanza,
Que al calor grato y amante
De tus divinas miradas
Se consumió, y al buscarlo
Hallé en su lugar las lágrimas.

I.

Duerme tranquilo en su cuna
Un niño, su madre besa,
Llena de emocion, sus labios,
Y en su alegría suprema
Brotar siente de sus ojos
Lágrimas cual ricas perlas,
Que al surcar por sus mejillas,
Sin dejar rastro ni huella,

Acrecientan su hermosura,
Aumentan más su belleza.
Que las lágrimas que el gozo
Nos hace verter semejan
A las gotas de rocío,
Que al nacer el sol ostentan
Entre sus pintadas hojas
Las flores de la pradera,
Que al par que le prestan vida
Su hermosura y gracia aumentan.

II

En el lecho de la muerte,
Entre cuatro achas de cera,
Yace un infeliz anciano,
Y su hija, pura y bella
Cual un ángel que del cielo
Dios enviara á la tierra,
Se aproxima lentamente,

Lo mira algun tiempo, y trémula
Posa sus divinos lábios
Sobre aquellas manos yertas,
A cuyo solo contacto
Se heló la sangre en sus venas.
Despues triste y abatida
Enjuga, de dolor llena,
Las lágrimas, que surcando
Sus mejillas, ántes tersas,
Dejaron en pos de sí
Sangrientas, profundas huellas.
Que el triste llanto que brota
A impulsos de una honda pena,
Cuál la lava del volcan
Todo cuanto toca quema.

EL CONSONANTE.

Me obligan, prenda del alma,
Poniéndome en grave aprieto,
A que busque un consonante
A la palabra *embeleso*,
En tal apuro á tus plantas
Triste y angustiado llego
A pedir á esos tus lábios
Juguetones y traviesos,
(Que pues tan bellos los miro
Muy compasivos los creo)
Me den, por amor de Dios,

El consonante que anhelo.
Dudan?... Son interesados?...
¡Qué importa si les ofrezco
Por uno que ellos me den
En pago darles yo ciento!

EL PRISIONERO.

Cuando tus lábios de rosa
Con los mios se juntaron
Amante mi corazon
Subió trémulo á mis lábios,
Y cual pájaro que vuela
De su prision escapado,
Soñando dichas y amores
Pasó á tu boca temblando;
Tú entonces ¡ay! apartaste,
Ingrata, tus rojos lábios
Quedando preso el curioso

De amante red en los lazos.

. . . .

Muy buena cárcel, muy buena;
Sin duda el pobre ha encontrado,
Cuando responder no quiere
Por más que á voces le llamo.

BRINDIS.

Léjos de mi visiones engañosas,
Que acarició mi loca fantasía,
No más atormentad el pecho amante
Del que vió su ilusion desvanecida.

Amor, dicha, placeres, ilusiones,
Horas de dulce paz y de ventura,
Todo desapareció, dejando en cambio
Sumida el alma en la sangrienta duda.

Yo adoré á una muger, creyendo al verla
Tan hermosa, tan cándida y tan pura,
Que era un ángel que Dios enviara al mundo
Para calmar mi triste desventura.

Y la amé con pasion, y al oir su acento
Loco de dicha el corazon, sentia
Que sus latidos conteniendo un punto
Para escuchar su voz se detenía.

¡Más á que recordar! Bebed, gocemos
Y si hirviente licor falta á las copas
Llenémoslas de lágrimas, que el llanto
Embriaga tambien, tambien trastorna.

* * *

Al morir, con voz doliente,
Así decia un anciano
A sus hijos, que en silencio
Le escuchaban sollozando.

—«Con lágrimas en los ojos
Y apenada el alma mia,
Trémulo grabé mi nombre
En el libro de la vida.

«Y hoy vertiendo amargo llanto
Y maldiciendo mi suerte,
Corro mi nombre á escribir
En el libro de la muerte.

«Grandes ayer, hijos mios,
Eran mis fieros dolores,
Pero los que sufro ahora
Son mucho, mucho mayores.

Que ayer al nacer lloraba
Sólo la desgracia mia,
Y hoy la de todos aquellos
Que amo tanto en esta vida.»

*
* *

Si las lágrimas tristes que en el mundo
La pobre humanidad ha derramado
Se reuniesen, formando tódas ellas
Un dilatado y proceloso lago,
Entre sus turbias ondas me lanzara
La muerte en ellas con afan buscando.

. . . .

¡Cuán dulce debe ser hallar la muerte
Sumerjido en un piélago de llanto!

NO PUEDE SER.

Inclinada su frente candorosa
Sobre su blanco y palpitante seno,
Cual la pura azucena, cuyo tallo
Tronchó inhumano el aquilon violento;
«Olvídame, esclamaba entre sollozos,
No conserves de mí ni aun el recuerdo
Del tierno juramento que mis lábios
Trémulos de placer te repitieron,
Y ya que triste de pesar yo muera
Dichoso logre contemplarte al menos.

. . . .

¡Infelíz, aun ignoras que dos almas
Que en amorosa union se confundieron
Mueren al separarse, como mueren
Dos pobres flores que sepulta el hielo!

LA DESHONRA.

En régia habitacion, que iluminaban
De moribunda luz débiles rayos,
Sobre un revuelto lecho, que cubrian
Celestes colgaduras de damasco,
Se encontraba una flor marchita, ajada
Y humedecida por ardiente llanto;
Y allá léjos, ¡muy léjos! los sonidos
Se percibian y los ecos vagos
De impura bacanal, y entre las voces
Y los gritos de alegres convidados
Se oyó un brindis infame, cuyas frases
La caida de un ángel revelaron.

LA NIÑA MUERTA.

La flor tímida y bella que en el prado
Brota hermosa y gentil,
Marchita muere al respirar la atmósfera
Del baile y el festin.

Ella, pura azucena candorosa,
Su cáliz al abrir,
Las auras de la dicha le besaron
Con dulce frenesí.

Mas soñando placeres y ventura,
Juzgándose infelíz,
Corrió á ese mundo, y cual la flor hermosa,
Murió marchita al fin.

CANTARES.

VII.

Una gota de rocío
Dá vida á una pobre flor,
Y una lágrima consuelo
Dá al infelíz corazon.

VIII.

Dice tu madre que tienes
Para *todo* habilidad,

Cuando tu madre lo dice
Estudiado lo tendrá.

IX.

Tengo ganas de llorar
Y al verte me echo á reir,
Creyéndome mas dichoso
Cuando soy más infelíz.

X.

Yo me propuse estudiar
Un dia tu corazon,
Y de mi estudio he sacado
Lo que el negro del sermon.

XI.

Una nña me miró
Y yo tambien la miré...

Lo que luego aconteció
Eso no le importa á usté.

XII.

Cuando al cielo diriges
Tus negros ojos
El sol tras una nube
Muere de enojos.
¡Ay! son tan bellos,
Que los ángeles gozan
En verse en ellos.

XIII.

Si al hombre que roba á otro
Las gentes llaman ladron,
¿Cómo deberá llamarse
La que mi dicha robó?

XIV.

Si esta niña no fuese
Tuerta y jibosa,
Chata, muy presumida
Y un poco coja
Es muy seguro,
Que cual ella no habría
Otra en el mundo.

*
* *

Cuando reposa el mundo entre tinieblas,
En las noches calladas y tranquilas,
Y la luna sus rayos á la tierra,
Cuál ósculos de paz, tremula envía,
Al ver flotar su imágen en el cielo
Y dirigirme celestial sonrisa,
Hácia ella tiendo con afan mis brazos
Mientras amante el corazon se agita,
Anhelando romper la débil cárcel
En que herido de amor llora y suspira:
El eco entónces misterioso y vago

Percibo de inefables melodías,
Y una voz que me dice:—Sufre y calla,
Cese el llanto que surca tus mejillas,
Sólo en la tumba encontrarás la calma
Que triste lloras por tu mal perdida.

UNA PREGUNTILLA.

De verano una mañana,
Al declararte mi amor,
Te abanicaste, tirana,
Diciéndome: *¡qué calor!*

Llégó el invierno, y corriendo
Fuí á hablarte, ídolo mio,
Y te abrigaste diciendo:
Sabe usted que tengo frio.

Por lo que tú más quisieres
Hoy te pido ante tus piés
Me digas, niña, si eres
Almanaque portugués.

EL POETA.

Si ves cruzar el mundanal desierto
A un ser que siente, que medita y llora,
Y al cantar sus dolores
Desprecia al mundo y al Señor implora;
Que tras la gloria con afan se lanza,
Llevando únicamente
Dentro del corazon una esperanza
Y un destello de Dios sobre su frente;
Que apurando la copa del martirio,
Con la envidia procaz en cruda guerra,
Sólo y abandonado

Riega con llanto la abrasada tierra',
Que en alas de su genio hasta la altura
Sube á robar del sol la ardiente llama,
Mientras escucha altivo con desprecio
La voz del mundo necio
Que loco ¡loco! sin cesar le llama;
Mírale con piedad, y si á tu lado
Le ves triste, abatido,
Compadécele, es solo un desterrado
Que sueña con la patria que ha perdido.

LOS DOS MENDIGOS.

Cuando un pobre se acerca á tu morada
Pidiendo una limosma, á su afliccion
Respondes, cariñosa murmurando:
—*Hermanito, perdone usted por Dios.*

Tambien yo un dia, con incierta planta
Llegué, ¡insensato! á demandarte amor,
Mas tú al oir mis amorosas quejas
Enfadada gritaste: *¡que moscon!*

EL ULTIMO ADIOS.

Nuestros pobres corazones
Al conocerse se amaron,
É insensatos se forjaron
Las más bellas ilusiones.

En dulce y estrecha union
Iban el mundo cruzando,
Siempre soñando, soñando
Con una nueva ilusion.

Jamás la pena traidora
Nuestros pechos embargaba,
Que en ellos solo brillaba
De amor la divina aurora.

Yo entónces... Mas ¡ay! á qué
Recordar dichas que fueron,
Ilusiones que murieron,
Esperanzas que abrigué!

Todo huyó, fiero quebranto
Vá desgarrando mi pecho,
Y mi corazon deshecho
Brota en raudales de llanto.

Al separarme de tí
Diciéndote *sé dichosa*,

Mi alma pronunciaba ansiosa
Tu nombre con frenesí.

Y tu mano al estrechar
Por última vez, bien mio,
Sentí en mi pecho un vacío
Imposible de llenar.

La ventura de los dos
Deshizo cruel la suerte;
¡Qué me importa ya la muerte
Si te dí *el último adios!*

* * *

Dejadme solo, sí, dejad que apure
Las heces del dolor;
Dejad que triste muera y sin consuelo
Mi pobre corazon.

Sus penas, sus dolores, sus pesares,
No mitigueis, por Dios,
Dejadle que sucumba abandonado,
Dejadle por favor.

¡No comprendeis que al enjugar su llanto,
Mi pobre corazon
Os amará, y aun sentirá la muerte
Que tanto ambicionó!

EN LA SOLEMNE

DISTRIBUCION DE PREMIOS DE LA SOCIEDAD PROTECTORA DE BELLAS ARTES DE SEVILLA, EL DIA 27 DE ABRIL DE 1873.

La España, noble matrona
Que ayer se elevó potente
Ciñendo á su altiva frente
De dos mundos la corona;

Aquella cuyos pendones
Triunfantes doquier se alzaron,

Y ante los cuales temblaron
Del gran César las legiones;

. . .

Aquella que en cruda lid
Supo al árabe vencer,
A la que deben el ser
Guzman el Bueno y el Cid;

Esa que al llenar de espanto
Al mundo con tanta gloria,
Grabó en su gigante historia
Páginas como Lepanto;

La que con marcial alarde
Antes que esclava vivir
Juró vencer ó morir
Como Daoiz y Velarde;

Siendo al combatir á Francia,
En glorioso dos de Mayo,
Cada español un Pelayo
Y cada pueblo un Numancia.

. . . .

Hoy sola, abatida, inerte,
Hecho su manto girones,
La Reina de cien naciones
Imágen es de la muerte.

Nada resta de su gloria,
De su poder y renombre
¡Yá, sólo es grande su nombre
En el libro de la historia!....

Mas no; que aun muestra en su frente
Que oculto pesar marchita,

Una corona bendita
De pura luz refulgente.

Es la que á su sien ciñeron
Sus hijos que al *arte* amaron,
La herencia que le legaron
Los que en su olvido murieron

España, si aun hoy el brillo
Conservas de tus laureles,
Lo debe á los pinceles
De Velazquez y Murillo.

Y si aun te admiran cual ántes
No es yá por miedo á tu saña,
Es porque eres, noble España,
Patria de Herrera y Cervantes.

Es que en tu suelo fecundo
Nacen preclaros varones,
Cuyas divinas creaciones
Absorto contempla el mundo.

Y es, en fin, porque al mirarte
De gloria y valor ejempo
En tu recinto su templo
Quiso colocar el arte.

LA CIENCIA Y DIOS

LEIDA EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA EL 16 DE ENERO DE 1873, CON MOTIVO DE LA APERTURA DE LA SECCION DE DERECHO Y FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA ASOCIACION ESCOLAR HISPALENSE, Y DEDICADA Á MIS CONDISCÍPULOS Y COMPAÑEROS.

Del hombre la inteligencia,
Cual nave audaz y potente,
Cruzó la estensa corriente
De los mares de la ciencia;
Cobarde, ante su presencia,

La duda huyó avergonzada,
En tanto que ella, impulsada
Por su entusiasmo fecundó,
Brotar hizo un nuevo mundo
Al fuego de su mirada.

Bajo su poder los mares
Con ronco estruendo gimieron,
Cuando triunfante le vieron
En los témpanos polares.
Las montañas seculares,
El trueno, el rayo, el torrente,
Del volcan la lava hirviente,
Que se despeña bramando,
Iban la gloria cantando
Del mortal inteligente.

Pedestal de su grandeza
Los mares al mirar luego,

Y relámpagos de fuego
Coronando su cabeza;
Se alzó con ruda entereza,
Tendió en torno una mirada,
Y esclamó:—Pues no hallo nada
Que á mi poder se resista,
Quiero abarcar con mi vista
De Dios la augusta morada.

A su poderoso acento
Las ondas se replegaron,
Y orgullosas le elevaron
Hasta el alto firmamento;
El humano entendimiento
¡Victoria! gritó estasiado,
Mas al querer obcecado
Fijar su mirada en Dios
De las ondas rodó en pos
Hácia el abismo arrastrado.

Hoy, que vuestra inteligencia
Vais con afan cultivando,
Hoy, que ya os miro bogando
Por los mares de la ciencia,
Jamás en vuestra impotencia
Pretendais con loco ardor
La grandeza del Señor
Comprender. ¡La ciencia humana
Es débil sombra liviana
Del poder de su Hacedor!